

# La familia: su crisis y sus esperanzas

*Desde un tiempo a esta parte se oyen, ven o leen noticias y estadísticas sobre la supuesta crisis de la familia. Parejas de hecho, hijos que no abandonan la casa familiar, violencia doméstica, ancianos solitarios, divorcios en aumento, fragilidad imperante... La familia, siendo condescendientes, ha variado. Siendo radicales, está en proceso de crisis degenerativa.*

.....  
**Fernando Pérez de Blas**

Licenciado en Filosofía.  
.....

Para la antropología llamada científica la familia es el factor central en la formación y mantenimiento de ciertas sociedades, sobre todo después del neolítico, al hacerse el hombre un ser sedentario y basar su economía en la agricultura. Las labores están bien demarcadas dentro del núcleo familiar y respecto a la sociedad la familia es un eslabón estructural, pues la lógica de casamientos proporciona sostén a los grupos humanos. Los estructuralistas serios estudiaron estos temas con profundidad y, en gran medida, acierto, aunque no sólo los casamientos



## CRISIS DE LA FAMILIA

son factores de conjugación socio-familiar, sino los ritos de iniciación, las labores de labranza, y la convivencia general. Nos interesa ver que la familia ha sido en la historia lejana y a través de las evoluciones posteriores la armadura donde se sostenían los hombres en su vida social. Sin familias no podían las sociedades mantenerse. Así ha sido prácticamente hasta el auge de la industria, que provocó el trabajo separado de los miembros familiares, la lejanía durante las largas jornadas de venta de trabajo al capital. Comenzó a provocar desavenencias internas más raras con anterioridad, cuando la vida era una convivencia integral.

Pero la verdadera raíz del cambio en la familia surge de la progresiva ruptura de los lazos que la formaban. En muchos casos estos lazos eran opresivos, como en los emparejamientos forzados por interés de los padres o de ciertos grupos sociales como la aristocracia o los reyes. Ahora la pareja se forma por amor, supuestamente, el lazo religante no es una ley social sino un sentimiento compartido por dos. Además la mujer se va liberando de las ataduras en las labores hogareñas para adentrarse en la vida de estudios y trabajo fuera del centro familiar. Con esta variación, la familia se compone de nuevas finalidades: si antes lo primero era procrear para fomentar el trabajo en la empresa familiar, ahora es ganar dinero sin cesar porque la dificultad de la situación no permite traer descendencia.

La familia adquiere, por tanto, otra tonalidad, donde se reduce el número de integrantes en una medida semejante a como disminuye el contacto personal entre padres y de éstos con los hijos, si es que los hay. El ímpetu laboral de la pareja no deja tiempo para la formación de los descendientes, que se deja al albur de profesores (de inglés, de informática, de artes marciales, de danza, de todo lo posible para ocupar el tiempo que los padres no pueden dedicarles). Tampoco permite cuidar a los ancianos abuelos, que en muchos casos han mantenido al hijo durante sus largos estudios y posteriormente lo han ayudado religiosamente en sus caros esposales.

La paradoja es entre grotesca y dramática: se trabaja para dar amparo, seguridad y bienestar a la familia y este trabajo termina por cargarse los vínculos que la sostienen. El amor se pierde sin contacto personal, porque es como una planta que no se riega a sus horas, se marchita poco a poco hasta morir. Los hijos se van alejando, si es que alguna vez han estado cerca. La misma pasión no se mantiene, siendo un factor esencial según los etólogos para enlazar a las personas de una pareja. En muchas ocasiones, este mismo alejamiento laboral provoca conocimiento con personas del lugar de trabajo, con las infidelidades y el divorcio.

Se reproduce dentro de la familia el mismo proceso que autores como K. Polanyi han estudiado en la sociedad: el imperativo de la libertad económica, del beneficio a ultranza sin criterios sociales desmantela la reciprocidad que permite nacer a las sociedades y deja en su lugar un mar de átomos sin relación real, sólo centrados en su crecimiento en tenencias sin mirar a los demás. El capitalismo es descoyuntamiento social, y lo es familiar. Por eso los revolucionarios de toda estirpe que mantienen o han mantenido la destrucción de la familia como principio revolucionario anticapitalista, no han hecho sino impulsar el proceso capitalista, la atomización de la sociedad con el supuesto de la libertad individual. En realidad la revolución habrá de venir en la expansión de la familiaridad al universo y no en su difuminación.

Por otro lado la familia ha sufrido los vaivenes de la sociedad posmoderna: el fin de todos los ideales es el traspaso del fin de todos los sentimientos nobles, de todos los valores. En la familia al impulso de la libertad se rompen todas las normas: los hijos crecen sin un ejemplo moral, sin referentes éticos, desamparados de la mínima formación en valores. Si se aprueban los exámenes, por ejemplo, se les da dinero o se les compra un regalo, no se les pregunta qué aprenden, no se dialoga con ellos sobre la calidad de sus conocimientos, no se les abren perspectivas de reflexión. Premiar así la formación de un hijo es simplemente demencial, como lo sería educar al niño con estímulos y respuestas al modo de los perros de Pavlov o los roedores de Skinner. Porque tampoco es la solución el castigo a ultranza, sino el diálogo abierto, el consejo que da la experiencia, el sosiego de una paciente convivencia en la verdad. Los padres no pueden dejar al chaval educarse sólo en la escuela, como tampoco los maestros centrarse en la simple instrucción académica. La formación ha de tener una integralidad, ha de formar personas, que no sólo sepan ser libres, sino responder de su misma libertad.

La ceguera del nihilismo imperante en las familias desemboca también en los maltratos. Nada vale, nada importa, no hay vínculos en la familia, o, lo que es peor, se considera a la esposa o esposo como algo mío, sin considerar que comparte conmigo un amor pero es tan persona como yo y no puedo hacer de él o ella un esclavo de mis deseos. La violencia familiar deviene de una violencia estructural en las sociedades posmodernas, que no acepta trabas en las normas asumidas por los grupos, que pasa por encima de todos los criterios de valoración, incluso de los afamados derechos humanos, si la finalidad es crear más riqueza, más bienestar estadístico, nunca socializado. La familia, donde los valores deberían nacer, es precisamente donde este fin de la historia se refle-

ja en primera instancia: se asesina a una persona precisamente porque se la considera medio para realizar mis anhelos de bienestar, de deleite sin criterio ético (si no hay criterio ético, ¿qué decir del religioso, incluso en muchas familias imbuidas de creencias sinceras?) y si no se somete a mis deseos (los únicos válidos por ser precisamente eso, míos) es mejor que no siga viviendo.

Podemos decir, en fin, que la familia es un reflejo de una desestabilización emocional y ética que descoyunta la raíz misma de las sociedades contemporáneas: el todo vale individualista, que por enfrentarse a toda regla y buscar la libertad a ultranza ha concluido por fulminar la sociedad y negar la base del ser libre, el que lo sean los demás. Esta crisis devenida del capitalismo no nos debe hacer pensar en una vuelta atrás reaccionaria, que tampoco es factible, porque la globalización llega a todos los ámbitos y elimina las diferencias. Nos debe impulsar en lo pequeño la utopía que queramos para la sociedad, realizar en la familia los valores que deseamos para la sociedad universal. Por algún sitio hay que empezar ¿De qué modo?

**Con amor verdadero**, del que da sin esperar intercambio, del que ama hasta vaciarse de sí, hasta ser uno con el otro. Del modo que Cristo se dio, sí, y del que se dieron tantos testigos en nombre suyo o en el de otras ideas. La familia es un buen sitio para dar testimonio, sobre todo si se tienen hijos. Dar cosas es secundario, nos tenemos que dar nosotros, a destajo. Con pasión, que no debemos tener miedo de abrazar y besar a los amados, si es que así nos expresamos más sinceramente.

**Con memoria**, que nos recuerda a los que se dieron por nosotros, a los que debemos todo, primeramente la vida. Que sepamos que la familia nace porque antes otros han dado su vida para permitirnos tener la nuestra. Los abuelos y demás miembros entrados en edad no son aparatos inservibles que aparcar en algún estacionamiento. ¿Qué hubiera sido de nosotros si ellos nos hubieran descuidado cuando éramos igual o más inútiles que ellos?

**Con tiempo**, porque es más necesario un diálogo que un premio pecuniario, porque sin un consejo a tiempo los hijos se pueden perder y con unas palabras de sinceramiento podremos salvar el barco que se dirige a las rocas del naufragio. Los problemas, nos dicen los ingenieros, para solucionarlos, hay que plantearlos. El silencio que esconde, el que no sirve para reflexionar, termina matando de egoísmo.

**Con convivencia**, que es recreación de vínculos, forja del amor a diario, atravesando la existencia de mutualidad. La guerra intrafamiliar, el desgarrar, el televisor multiplicado a la enésima potencia, no es compartir una vida. ¿De qué nos sirve la globalización internauta si no sabemos vivir con el ser que es mitad nuestra, parte de nuestro ser?

**Con libertad**, de la que se recrea en la libertad de los demás, de la que no tiene límites en el otro, sino que se impulsa haciéndose libres en común, respondiéndose mutuamente de sus respectivas libertades. Una libertad sin la de los otros es un totalitarismo, una libertad de los dos sin compartir es un hago esto porque se me pone... a tiro y tú no me mires, que me oprimes. La libertad es mucho más que hacer lo que me pida el cuerpo, en la mayoría de las ocasiones es vencer a los impulsos naturales, es saber hacer del mundo una morada para la libertad de todos, y no sólo un farrago de libertades desconocidas entre sí.

**Con respeto**, del que muchas veces es intolerante con el mal camino escogido por la persona que se quiere. Tolerar todo es como no tolerar nada, un vacío destolerado. El respeto debe tener la capacidad de ayudar al otro cuando se crea necesario, no dejarle hacer mientras veo los toros desde la barrera.

La familia con estos criterios y con los que podamos hallar entre todos debe ser la utopía encarnada en semilla. Es, en el caos vigente un ámbito de riesgo, de lucha por el ideal y no un hábitat conservador. Por supuesto habrá de adaptarse a las nuevas exigencias del mundo en que vivimos, no enclaustrarse en el pasado, pero mantener unos vínculos y unos valores que nos delineen una posible salida hacia el futuro. Al modo de aquella sagrada familia que tuvo que ver nacer a su hijo en un pesebre gélido, que trabajar en comunión y que ser ámbito de formación del hombre que se dio al mundo para su salvación. La familia será la raíz de la utopía, de donde nazcan hombres y mujeres capaces de hacer habitable la realidad para sus hijos.